EL CINE

Por J. M. GARCIA ASCOT

RETRATO DE LUIS BUÑUEL

ALGO DE DOLMEN, de menhir, de cueva de Altamira. De aquella imagen de seductor bandolero de novela apenas entrevisto afilando una navaja al principio del *Perro andaluz* hemos pasado al monolito. Entre los sitios visitables de la eternidad española, entre Cuenca y El Escorial, está el rostro de Luis Buñuel.

Como en otros artistas españoles —Picasso— hay en él algo de toro. Piel curtida. Ojos que en su fijeza dibujan la embestida. Y una latente fuerza contenida, un enorme poder económicamente irradiado, defensivamente protegido. A veces asoma una breve y tensa cólera. O mejor dicho un proyecto de cólera. Por que la cólera profunda de Luis Buñuel debe ser sísmica y final.

En lo demás a la vez inquieto y apacible. Hurgando con los ojos los ojos del interlocutor. Fijo y atento en interés —y en algo de sordera— a todo tema, toda discusión. Buñuel toma la vida en serio.

Y dentro de la vida el humor. Por un lado tiene Buñuel el gusto infantil por la broma simple y de una pieza, repetida una y otra vez con ligeras modificaciones, buscándole un nuevo resorte y un más redondo perfeccionamiento, aplicándola en nuevas facetas de la conversación, exprimiéndole todo su jugo con plena y ancha satisfacción. Y a veces, pasados días o semanas, con un nuevo matiz y a propósito de algún giro de la charla resurge la broma olvidada de todos que como una piedra pulida por las olas ha ido rodando por dentro de Buñuel arrancándole a cada movimiento nuevas, íntimas y desconocidas satisfacciones. Por el otro lado, junto a este placer infantil y elemental, tiene Buñuel una aguda visión del "humor negro", visión libre y profundamente sana que le permite —y nos permite— disfrutar de una de sus formas más plenas de inconformismo y rebeldía. Porque Buñuel es inconforme y rebelde con la misma completa naturalidad con que otros son vegetarianos. Todo en él implica la idea de absoluta pureza espiritual. Y —siempre dentro del humor— nunca viene a sus labios ni la más mínima expresión grosera o procaz, nunca el tono "subido de color", nunca lo obsceno ni lo pornográfico.

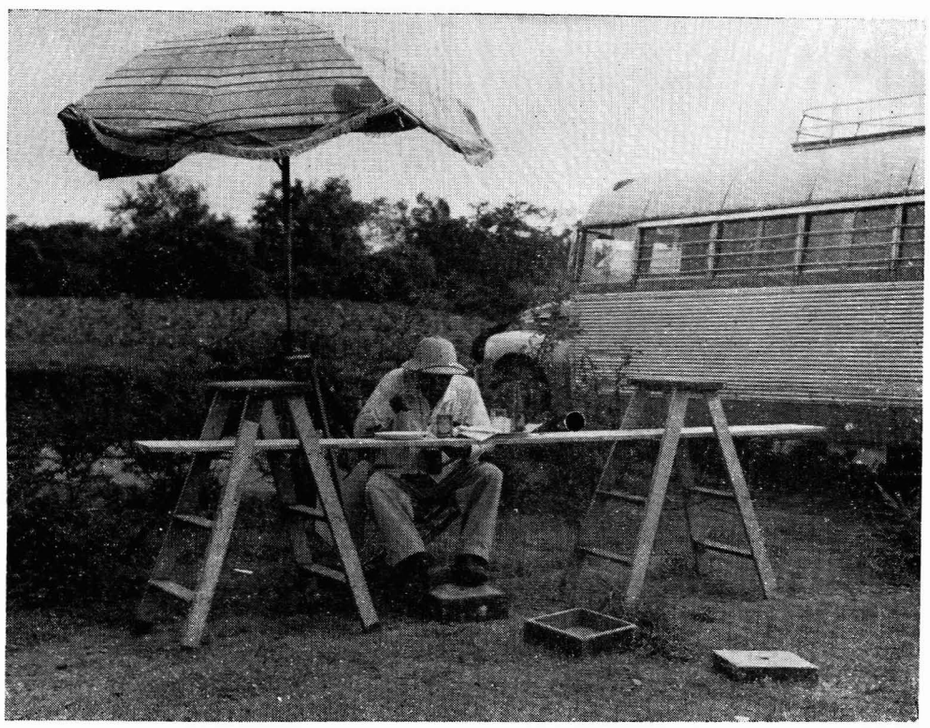
Porque hay también en Luis Buñuel algo de monje. Casa retraída, cuarto monástico, desprecio por la estética superficial y lo decorativo. Sólo exigente en comida y bebida. Pero comidas simples, vino y buen whiskey. Eso es todo. En su biblioteca, tres secciones principales: Galdós, algunos surrealistas y precursores y los *Souvenirs Entomologiques* de Fabre.

En su "celda" Buñuel colecciona armas. Con regularidad limpia y pule escopetas y carabinas Winchester, oscuras Mausers y Lugers, pesadas Smith & Wesson, pequeñas Astra y antiguas pistolas de duelo de finura de galgo. Y en su pequeño crisol, con rituales gestos de Crusoe, funde balas de plomo.

Pero ni las usa ni caza. Su afición por las armas es también entomológica. En ellas el inacabable amor de Luis Buñuel por el *objeto* encuentra su forma más definida. Cañones relucientes, cargadores inmaculados, acero gris suavemente brillante constituyen una verdadera ontología doméstica.

Y en realidad todo en la casa y en la persona de Buñuel evoca la *cosa en sí*. No hay alternativas, no parecen existir otras posibilidades ni divergencias. Y esto se aplica muy especialmente a su mujer, la extraordinaria Jeanne, "lilloise" como Luis es español, tan de una pieza como su marido, mujer, como él es hombre. Si hay un caso de encuentro perfecto de "la otra mitad" es sin duda alguna éste. Y de estas dos mitades dos hijos. Monumentales. Dos torres un poco azaradas de ser hijos de Luis y Jeanne, dos mastines llenos de rara dulzura y mansedumbre.

En la casa alternan un retrato de Buñuel por Dalí, un cuadro de Leonora Carrington y un mapa del Metro de Pa-



Buñuel— *"toma la vida en serio"*



Buñuel— *"Hay en él algo de toro. Ojos que en su fijeza dibujan la embestida"*

rís con un pequeño piano recto. Arriba se oye el ruido de una máquina de coser. Todo produce una sensación de perfecto equilibrio. Las "cosas en sí" se complementan con silenciosa y grave armonía. Ni siquiera la fugaz aparición de un increíble perro color rata, ceñuda, extraña y marginal mutación en el proceso zoológico, es capaz de alterar un orden que se apoya en la sencilla verdad de la existencia.

Luis Buñuel no sale casi nunca. Tan sólo alguna reunión de amigos es capaz de arrancarlo de su interior vida hogareña. Y aun así una tempranera despedida permite mantener el ritmo de una vida que se acuesta antes de las diez de la noche para iniciar su jornada antes de que salga el sol.

Buñuel no va casi nunca al cine. Dos o tres veces al año — y sin contar por ejemplo la Reseña cinematográfica. Espectador implacable sólo retiene alguna excepción. Recuerdo —en los últimos tiempos— haberle oído mencionar *Un condenado a muerte se escapa, Doce hombres en pugna, El umbral de la vida, Cuando pasan las grullas* y *Los amantes*. Pero no es nunca un espectador injusto y como hombre del oficio sabe también admirar la técnica cuando ello lo merece.

Y aquí tocamos un punto rara vez mencionado por sus comentadores y analistas. Porque, además de los esenciales aspectos de su obra que no nos corresponde estudiar aquí, Luis Buñuel es un director de una técnica admirable, conocedor de sus más escondidos rincones y solucionador espontáneo de sus más arduos problemas. En filmación, invariablemente vestido de una combinación de camisa abierta, sweater y pantalón kaki de abultados bolsillos —con la sola variación de un impresionante sarakof en exteriores— Buñuel es un director rápido y eficaz. Ni un solo gesto de "genio", ni una sola pose emergen de sus actos medidos y meditados. Forma un bien aceitado conjunto con el *staff*, y, frente a los actores, ni un solo grito ni una sola artificial seducción en la dura tarea de doma y convencimiento. Pocas y muy precisas instrucciones. Y, cuando parece que el descuido preside la preparación o filmación de una escena, la voz ronca interrumpe, siempre a tiempo, siempre oportuna, para recordar el detalle indicado, el matiz acordado. Pero al mismo tiempo ningún exceso de apuntes o de esquemas. Desde antes del alba Buñuel ha pensado en sus escenas. Lo demás es una improvisación formal, allí, en el lugar de filmación, con el escenario y los intérpretes ante los ojos, en plena presencia y visión de lo que se ha de crear.

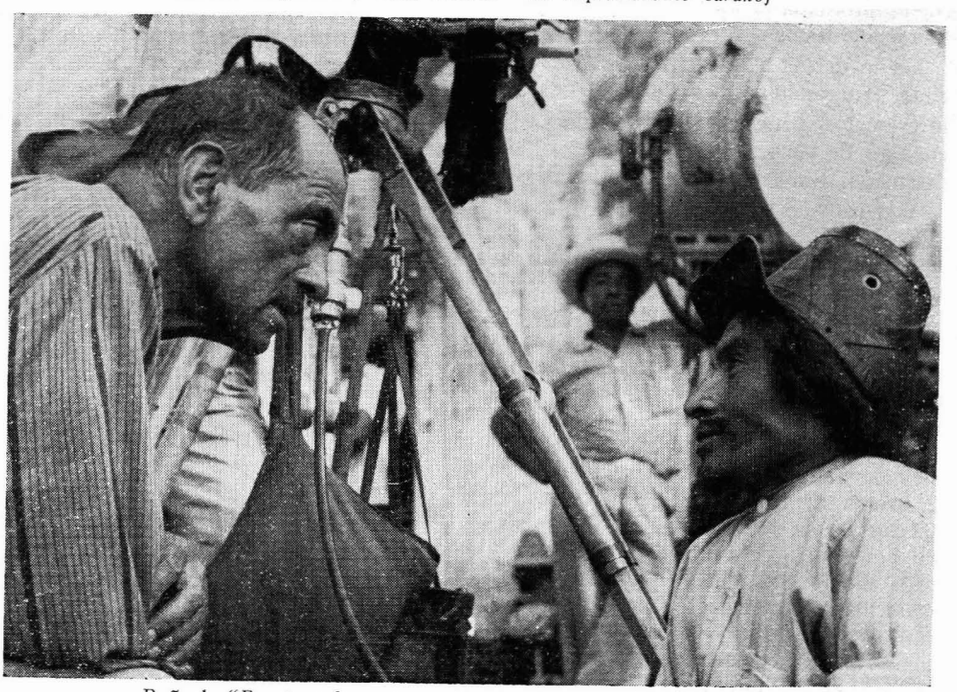
Pasado el trabajo Buñuel no dedica ya mucho tiempo a la obra realizada. Ya lo está solicitando —interna u oficialmente— otra nueva. Otra vez en casa, otra vez en su centro de gravedad —como el filmar es su centro de acción— reanuda su vida de todos los días.

Y aquí lo dejamos, sentado en un sillón con un cigarrillo fuerte entre los dedos o limpiando sus armas cuidadosamente alineadas en estanterías y cajones.

Luis Buñuel, el hombre en que el inconformismo es limpieza, el grito rectitud y la rebeldía alta, grave, y profunda *moral*.



Gabriel Figueroa y Luis Buñuel—*"un impresionante sarakof"*



Buñuel—*"Frente a los actores, pocas y muy precisas instrucciones"*



Luis Buñuel con Marga López, Manuel Barbachano y Francisco Raval en la filmación de *Nazarín*